

América comenzó siendo el imaginario de todo cuanto Europa no era o de todo cuanto Europa aspiraba a ser. De la desolación de Occidente, dicen las imágenes que dibujaron el comienzo de nuestro continente, nació América. En las soledades americanas, hombres e ilusiones, mitos y ambiciones, sueños e ideas, fueron transformándose en la fuerza esencial de lo increado; todo cambiaba en la confusión de tantos espacios vastos y vacíos. Ninguna otra región ha sido bautizada Nuevo Mundo desde el instante de su aparición a la mirada y la memoria de los hombres. Frente al tiempo europeo, el americano fue el tiempo de lo nuevo. Frente a los mitos europeos, América, nuestra América Latina, erigió como su gran mito esencial la novedad. Novedad de lo que surgía de la nada. Novedad de geografías maravillosas pobladas de imposibles que dieron nombre a los más fabulosos absurdos y a las más deslumbrantes quimeras. Novedad de la pasión religiosa: conquista de lo desconocido en nombre de Dios; monjes solitarios enfrentándose con su devoción y su fe a la fuerza de las armas y al a crueldad de los hombres, haciendo de la cruz, rostro otro de la espada. Novedad de un sentimiento de patria consolidándose durante siglos de lucha contra el corsario aborrecido: nacimiento de la nacionalidad que se anunciaba en el odio compartido hacia el hereje y en la firme defensa de un ya irrenunciable paisaje. Novedad en la reinención del continente que intentaron nuestros libertadores en un delirante afán por reiniciar la historia y recomenzar el tiempo.

La novedad ha definido cierto espíritu herético que, constante, impregna nuestra historia. La herejía de América fue y ha sido siempre lucha contra lo desconocido, fuerza impulsora, construcción de voluntades enfrentadas a una naturaleza abrumadora, ilusión opuesta a la adversidad, esperanza chocando con la dureza del entorno. La herejía de América es y ha sido siempre la utopía de América. La utopía es lo herético por excelencia: utopizar revela inconformismo hacia el presente, imaginación para concebirlo distinto y para querer superarlo. Anhelamos la utopía si no nos satisface el presente. Soñamos si no somos felices. Deseamos lo que no tenemos. Queremos triunfar si sentimos que hemos fracasado... Por la utopía, los latinoamericanos nos movemos y nos hemos movido con naturalidad en el terreno de la ilusión. Por la herejía nos hemos acostumbrado a la invocación del futuro: ¡lo hemos soñado tantas veces!, ¡tan a menudo lo hemos previsto por entre los pliegues de nuestro rugoso presente!

La herejía suele concluir enfrentada a una ortodoxia que la detiene o la deforma. Herejías fueron la ambición y la codicia, los sueños e ilusiones que acompañaron la conquista y la población del Nuevo Mundo. Ortodoxia fue la inflexibilidad del imperio español negándose a vivir al ritmo de la historia. Heréticos fueron los sueños de nuestros libertadores: imagineros y

hacedores de tiempos escritos en el mañana. Ortodoxia fue la corriente conservadora que se negó a aceptar la idea de emancipación y trató de impedirlo, incluso, a costa de la más espantosa aniquilación. Herético fue el pensamiento liberal que surgía como una forma de enfrentar la adversidad del exiguo presente. Ortodoxia fueron las larguísimas dictaduras personalistas, la interminable lista de caudillos que conocieron casi todas nuestras naciones hispanoamericanas: aventuras de jefes sucesores de jefes y derrocados por jefes. Heterodoxia fue, en nuestro siglo, la proliferación de partidos políticos nacionalistas que defendieron la lucha de los tradicionalmente desposeídos y marginados. Heterodoxos fueron, también, los políticos idealistas que se sacrificaron a una causa y lucharon por principios necesarios y metas justas. Ortodoxia es, hoy, la realidad de esas mismas agrupaciones políticas que se limitan a sobrevivir, poderosas e inmovibles, acostumbradas al poder y a su cercano aliado la fuerza económica. Heterodoxia fue, hace casi cuatro décadas, la Revolución Cubana con sus esfuerzos por recuperar para las masas derechos siempre postergados y por erigir un ideal de dignificación de nuestra América frente a la prepotencia yanqui. Ortodoxia es, hoy, la misma Revolución Cubana anquilosada por una burocracia que asfixió su vivacidad... En suma: la heterodoxia de hoy suele ser la ortodoxia de mañana. Esta, por su parte, es el seguro llegadero de muchos sueños inmovilizados; el destino de demasiados fracasos; la muerte de ideales en su inauténtica realización, en su paulatino desvanecimiento convertidos en rutina, máscara o reglamento.

La voluntad de los conquistadores inició la aventura de poblar un continente: de llenarlo de ciudades, de cubrirlo de ilusiones, sueños y vehemencia. La voluntad de nuestros libertadores se revistió de las formas del Ave Fénix: renacer por sobre las cenizas de los siglos, construir por encima del polvo del tiempo convertido en sangre y carne de un mundo diferente, nuevo. Nuestro más grave error histórico a partir de la Independencia fue, precisamente, que por querer renacer, comenzamos por querer olvidar; y en ese esfuerzo: partir de cero, comenzó a escribirse la grandeza y la tragedia del destino de nuestra América. La independencia hispanoamericana fue un riesgoso comienzo: los ideales de la acción emancipadora se disiparon en una ciega violencia que todo lo arrasó. Quedó, luego, un inmenso vacío sobre el que nos hemos movido desde entonces. Par escapar a él tratamos de rescatarnos en la fe, en el ideal. Sin la fuerza del ideal —intuimos— el sueño del futuro y la ilusión de lo utópico se truecan en esperanza sin norte, en desorientada ilusión, en vacua palabrería. El idealismo es expectativa y convicción de futuro; es un instrumento con el cual encarar la historia con voluntad de triunfo; es propósito con el que acechar en una

mañana que necesitamos saber diferente, mejor. Idealismo y expectativa han sido siempre entre los latinoamericanos voz de rescate y supervivencia dentro del tiempo.

Desde muy temprano, el hombre latinoamericano escogió —no le quedó otro remedio— la desconfianza ante ineficaces sistemas que lo gobernaban. En toda sociedad existen formas de vacío entre un *deber ser* establecido en el imaginario colectivo y el ser real de esa colectividad dentro del tiempo. En nuestras sociedades, más que de vacío, podría hablarse de insuperable abismo, de infranqueable grieta. Entre nosotros, realidad e ideal quedaron irremediabilmente separados desde el comienzo del tiempo. Nos acostumbramos a desconfiar de nuestros sistemas: los usamos para subsistir, para perdurar, para continuar, para mantenernos, para medrar, para ocultarnos. Sobrevivimos en ellos sin creer en ellos. Nuestra experiencia nos condujo a la rutinización de la desconfianza. Nos acostumbramos al recelo y a la suspicacia. En sistemas que no funcionan, cubiertos por aparatos legales en los que nadie cree o nadie confía, rodeados por estructuras sociales, políticas y económicas jamás eficaces y jamás protectoras, el hombre latinoamericano se ha dejado seducir por el signo prometeico de ciertas individualidades convertidas en símbolos de su época, conjuro colectivo ante la desconfianza y el desaliento. Quizá de allí deriven nuestros frecuentes sentimientos de admiración sin reservas hacia personajes de nuestra historia a los que percibimos actuar movidos por un auténtico idealismo. Hemos dignificado la imagen del individuo que se enfrenta a su realidad y trata de cambiarla. Nos seduce la imaginería de voluntades que luchan por lo que creen y se sacrifican en su lucha. Es la otra cara de la desconfianza: la admiración hacia hombres-fuerzas, carismáticos fundadores, hacedores de sueños. Frente a Occidente que ya no quiere héroes y se conforma con producir sosegados rostros siempre iguales entre sí, siempre tranquilizadores, Latinoamérica aún pareciera creer en Promoteo. Siente que todavía lo necesita.

«Los niños y los locos dicen verdades», dijo Simón Rodríguez. Locura de la imaginación y locura del pensamiento libre no aherrojado por el peso de tradiciones convertidas en lápida. Locura y delirio de Bolívar, por ejemplo, cuyos ideales parecieron dirigirse siempre hacia el movedizo terreno del futuro. El idealismo con que el Libertador quiso —o necesitó— avizorar el porvenir, se expresa en la entusiasta mirada que concluye su *Discurso ante el Congreso de Angostura*: «Volando por entre las próximas edades, mi imaginación se fija en los siglos futuros, y observando desde allá, con admiración y pasmo, la prosperidad, el esplendor, la vida que ha recibido esta vasta región, me siento arrebatado y me parece que ya la veo en el corazón del universo, extendiéndose sobre sus dilatadas costas, entre

esos océanos, que la naturaleza había separado, y que nuestra Patria reúne con prolongados y anchurosos canales. Ya la veo servir de lazo, de centro, de emporio a la familia humana: ya la veo enviando a todos los recintos de la tierra los tesoros que abrigan sus montañas de plata y de oro: ya la veo distribuyendo por sus divinas plantas la salud y la vida a los hombres dolientes del antiguo universo: ya la veo comunicando sus preciosos secretos a los sabios que ignoran cuan superior es la suma de las luces, a la suma de las riquezas, que le ha prodigado la naturaleza. Ya la veo sentada en el Trono de la Libertad, empuñando el cetro de la Justicia, coronada por la Gloria, mostrar al mundo antiguo la majestad del mundo moderno».

Frente a la figura de Bolívar conviven en el medio venezolano dos preocupaciones. Una, ídolatra: la del culto histórico, provinciano y ramplón; la de la retórica de los más excesivos extremos; la de la veneración aldeana que termina convertida en caricaturización de lo heroico. Otra, válida: la que parte de un cada vez más actual reconocimiento hacia la auténtica dimensión prometeica de Bolívar, hacedor de tiempos, conquistador de futuros, soñador de utopías. Saturado por los gritos de la aldea, hastiado de las plegarias de los numerosos ídolatras de la dorada estatua, ignoré y desdeñé al personaje prometeico. Rechacé su imaginario a causa de los desquiciados imaginarios que giraban en torno a su memoria. En mi libro *El silencio, el ruido, la memoria* dediqué todo un capítulo, «Bolívar y la Mujer de Lot», a cuestionar un culto bolivariano que, de muchas maneras, había terminado por distanciarme de la figura del héroe. Sin embargo, he ido comprendiendo, sobre todo a medida que avanzaba en este nuevo trabajo, la necesidad de no perder de vista la importancia esencial del símbolo prometeico de Bolívar. Es muy difícil —y sobre todo es muy difícil en Venezuela— mantener una desapasionada lucidez ante el imaginario bolivariano. Es demasiado fácil caer en la retórica pedestre, en la devoción ramplona, en la cursi beatería. Por desgracia, es también demasiado fácil fatigarnos de la letanía de los numerosos devotos y terminar por inclinarnos hacia el otro extremo: el desdén o la indiferencia. En Venezuela abundan los iluminados que piensan que imitan a Bolívar. Nos rodean, también, excesivos devotos que le rezan a Bolívar... Dos variantes de una similar estupidez, de una misma patética simplicidad. Sin embargo, hoy más que nunca, es un reto para los venezolanos, para los latinoamericanos, no olvidar la validez del símbolo cultural que encarna Bolívar y convertirlo en metaforización posible ante el desafío de las épocas que se avecinan.

En Bolívar se manifiesta todo el genésico vigor de la herejía. Sus ideales son expresión de un propósito desesperado por hacer lo nuevo, por inventar